

Bolos

Escritores que hablan, escritores que escriben

por Manuel L. Alonso*



No sólo los cantantes y los actores hacen bolos, sino que también se han apuntado a la moda los escritores y, más concretamente, los de literatura infantil y juvenil, que viajan por colegios y bibliotecas para hablar con sus lectores. De las ventajas e inconvenientes de aceptar la servidumbre de los bolos trata el siguiente artículo, que advierte sobre la proliferación de escritores que tienen más éxitos con sus giras, que con sus libros.



Los ojos están los tiempos en que el escritor consideraba una obligación moral el hacer alabanza de aldea y desprecio de corte, y se acuñaron expresiones como *torre de marfil* para referirse a quien prefería crear en soledad. En nuestra época, ya se sabe, cuenta tanto la imagen de la cosa como la cosa en sí, y es, por lo visto, ineludible que el escritor proyecte públicamente su estampa y la acerque al lector de manera física.

Estamos, en una palabra, en la era de los *bolos*.

Nadie necesita, creo, mayores explicaciones acerca de ese transitar por colegios o bibliotecas, por aulas y salones de actos, que los autores llamamos, con expresión tomada de la jerga de la gente del espectáculo, *bolos*. Es una forma de animación a la lectura, pero también un sistema de promoción de ventas que alimenta el ego y a veces el bolsillo de los escritores. Como todas las cosas, los *bolos* están bien mientras no se abuse de ellos. Pero creo que se están quemando etapas y que eso puede ser, al final, contraproducente.

Ya de entrada me parece raro que un escritor, que generalmente es una persona dotada de pocas gracias so-

Lowry, Caldwell, Miller; en Salinger, toda una vida huyendo de la curiosidad de los lectores, y se me ocurre que esa raza de escritores difícilmente hubiera aceptado la servidumbre de los *bolos*.

Escritor o mercader inconfeso

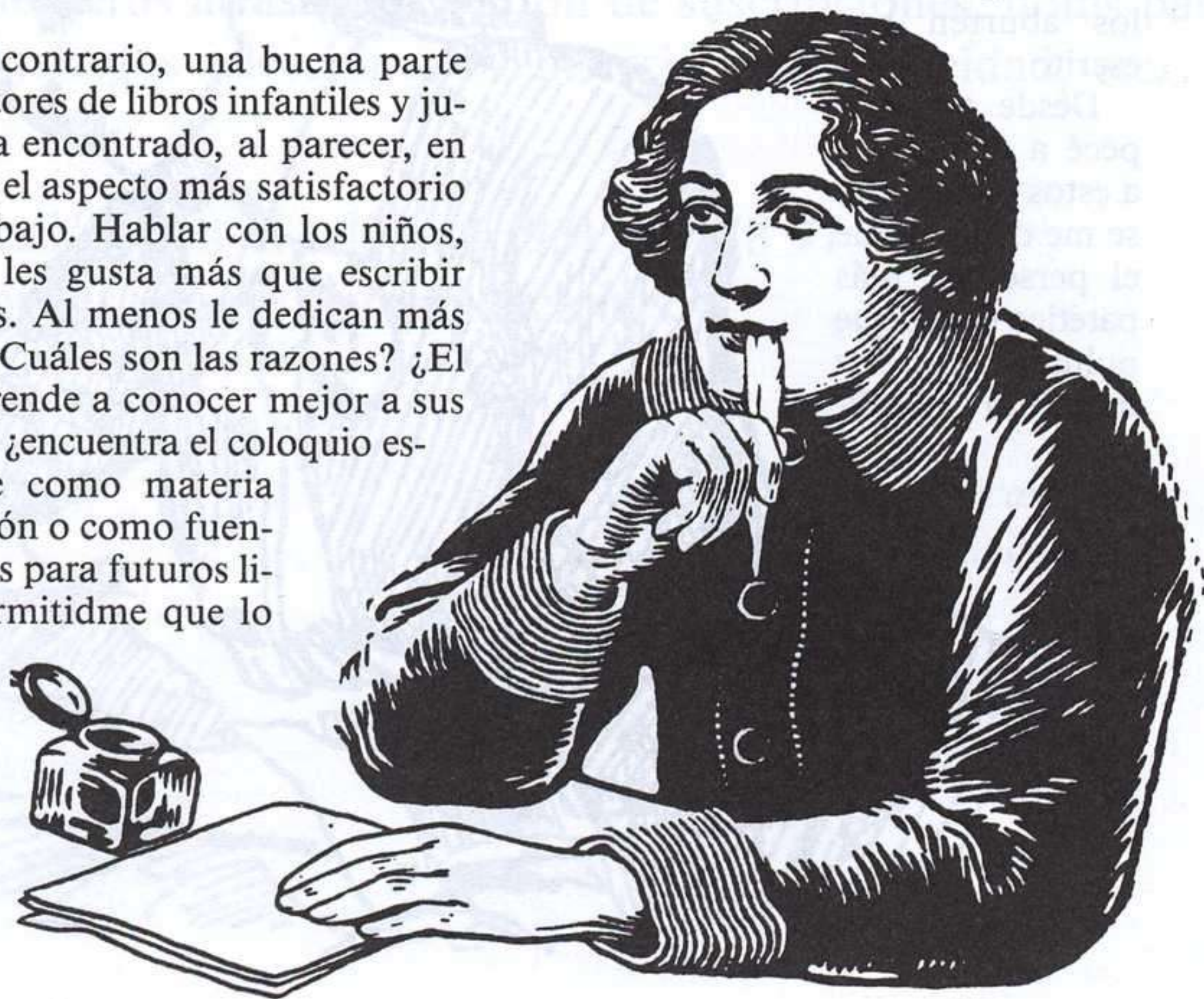
Por el contrario, una buena parte de los autores de libros infantiles y juveniles ha encontrado, al parecer, en los *bolos* el aspecto más satisfactorio de su trabajo. Hablar con los niños, se diría, les gusta más que escribir para ellos. Al menos le dedican más tiempo. ¿Cuáles son las razones? ¿El autor aprende a conocer mejor a sus lectores?, ¿encuentra el coloquio estimulante como materia de reflexión o como fuente de ideas para futuros libros? Permitidme que lo

ciales, a veces directamente un misántropo, se vea obligado a aparecer con frecuencia en público. Un público que, como es natural, premiará con el aplauso al escritor más donoso y más dicharachero, al que tenga más habilidad dialéctica y no al que mejor escribe. Pienso en autores que buscaban la soledad de una cabaña en medio del bosque o en una costa despoblada,

dude. En muchos casos, los coloquios se parecen mucho entre sí, se repiten las preguntas en términos casi idénticos —«¿Cuánto tiempo se tarda en escribir un libro?»; «¿Qué le inspiró para escribir este libro?»; «¿Qué le impulsó a hacerse escritor?»—, y uno, el autor, no tiene más remedio que repetirse, como quien recita una lección aprendida de memoria.

Pero, ¿quién va a renunciar a los encuentros con los lectores cuando se sabe que son la *única* forma segura de incrementar las ventas?

Editores y promotores lo tienen muy claro. Se están ya publicando libros por la única razón de que pueden dar juego para trabajar con ellos en clase y/o para encuentros de los lectores con el autor. Las editoriales más importantes fichan a los autores que mejor se desenvuelven en el encuentro personal con los lectores, y los pasean de colegio en colegio. Autores hay que tienen, curso tras curso, su agenda ocupada por *bolos* todos y cada uno de los días lectivos. Los vendedores se esmeran en concertar más y mejores *bolos*, convertidos en una suerte de agentes artísticos que hacen



la propaganda del escritor que van a llevar a los colegios que visitan.

«Te voy a traer un autor que sabe contar chistes y hacer juegos de manos», me figuro yo que anuncia más de un promotor.

«Eso no es nada —le dirá el profesor—: los de la editorial X me trajeron el otro día a un escritor que tocaba la guitarra y bailaba la jota. Y en la editorial Z me dejan dos autores por el precio de uno.»

Entre tanto, los lectores pasan del pasmo y la admiración a una cierta indiferencia. Para los que nunca han visto a un escritor en carne y hueso, la primera vez es una experiencia gozosa (desde luego, no comparable a la posibilidad de hablar con un futbolista); para los que ya están habituados, la visita del autor de turno forma parte de la rutina, y no está lejos el día en que algún empollón, cuando se anuncie que va a llegar un escritor, diga que mejor sería tener clase de matemáticas. Además, supongo yo que habrá autores que aburran a los chicos de viva voz, como los aburren por escrito.

Desde que empecé a dedicarme a estos menesteres se me ocurrió que el personaje más patético de los que pululan por este mundillo de los li-

bro infantiles y juveniles es el teórico solemne y coñazo, incapaz de reconocer y elogiar un buen libro si no es de un consagradísimo, y que cuando se mete a autor deja patente su incapacidad de entretener. Ahora va proliferando otro tipo de personaje igualmente triste: el escritor que tiene más éxito con sus *bolos* que con sus libros, bien porque ya no escribe, bien porque nunca fue verdaderamente escritor sino propagandista de sí mismo, o mercader inconfeso.

Por suerte, también hay autores que no venden todo su tiempo al oro y el oropel de los *bolos*, que de vez en cuando se plantan y anuncian que durante una temporada no estarán para *bolos* porque lo que quieren es escribir. ¡Bravo, compañeros!

El que ha tenido la alegría inmen-

sa de encontrarse con sus lectores, de intercambiar con ellos confidencias, ideas y pensamientos, el que considera el escribir como un acto de amor (aunque vaya dirigido a un destinatario difuso, profuso y confuso), no debería abusar de su suerte y llevarla más allá de los límites que marca la *sindéresis*, o correrá el riesgo de acabar aborreciendo a sus lectores como detesta más de un profesor a sus alumnos. Los niños hacen preguntas a veces interesantes, en ocasiones inteligentes, muchas veces divertidas, pero casi nunca originales. Como público lector, son exigentes, puesto que cada uno actúa como individuo aislado; como público oyente, en cambio, son fáciles de complacer; además, el escritor juega con ventaja, pues llega investido de una cierta aureola misteriosa y ha enviado como embajador a alguna de sus criaturas para preparar el terreno.

Reconozco que la posibilidad de andar todo el año de colegio en colegio es tentadora. Sé que algunos autores no serían *superventas* si no existieran los *bolos*. Pero creo que, al final, los que perdurarán cuando hayan pasado las modas y las estrategias comerciales de estos años serán los escritores-escritores. Los escritores que, por encima de todo, escriben. ■

* Manuel L. Alonso es escritor.

